

E. MIRET MAGDA LENA

El pensamiento de Fernando Sebastián —el teólogo de Salamanca— sobre la fe y sus fundamentos, creo que está dando en la llaga de nuestra creencia religiosa actual, y principalmente en este pseudo-racionalismo, tan combatido por el hombre más independiente y más religioso que hemos tenido en España en este siglo y que se llamó don Miguel de Unamuno.

Cuando paseaba por Salamanca el gran don Miguel con sus amigos dominicos, les decía una gran verdad: "Con vuestro racionalismo abstracto, habéis agostado la fe".

Esto mismo viene a decir, con sinceridad y seriedad intelectual, Fernando Sebastián. Hemos buscado multitud de razones exteriores para apoyar nuestra fe. Pero lo primero que teníamos que haber-nos planteado es en qué consiste la fe. Este teólogo español lo dice a través de su libro. Pero todavía me parece que lo dice más claro un gran científico y pensador católico, subdirector del Laboratorio de Física Nuclear del máximo centro universitario francés, titulado Collège de France. "La fe —dice el profesor A. Astier— es siempre experiencia, y, por tanto, no se la puede expulsar, porque es un fenómeno vivido" ("La Soledad", Ed. Desclée). Incluso los pretendidos conflictos entre fe y ciencia no tienen razón de ser, como piensa Astier a una con Sebastián, si la fe se plantea en el plano de esta experiencia profunda humana, de estos valores íntimos vividos hondamente; no puede confluir con el otro plano de la ciencia. Pero si la fe fuese o esos jeroglíficos abstractos, o esas divagaciones pseudo-culturalistas a que nos tiene acostumbrados la teología, los jeroglíficos defendidos por los conservadores y las divagaciones por los progresistas, entonces el conflicto será constante.

Cuando hablamos de "experiencia", muchos piensan automáticamente en una cosa sentimental y emotiva. Pero cualquiera que tenga una mentalidad científica pondrá detrás de esa palabra otra cosa muy distinta y mucho más profunda. Experiencia, para un científico, es una serie de procesos que abocan a un resultado feliz. Y eso es la fe cristiana para el que es creyente verdadero.

Si el cristianismo nos descubre una exigencia de absoluto, un anhelo de absoluto en conexión conmigo mismo y con los demás, a través de la vida concreta y de los problemas humanos, entonces tenemos

fe. Una fe básica que podría tener también un incrédulo, y que, de hecho, muchos que no creen la tienen. Una fe básica de la que —por otro lado— carecen muchos que se llaman creyentes, porque solamente están resguardados por fórmulas exteriores, pero no han vivido con profundidad esa exigencia de absoluto en que consiste cualquier fe profunda.

La fundamental diferencia entre un creyente y un incrédulo que hayan descubierto esa experiencia básica y profunda en sus vidas, es que "los creyentes se ad-

LA FE, ¿TODAVIA DICE ALGO?

hieren a la palabra y a la persona de Jesús porque ven en Él la realización inesperada de sus más hondas aspiraciones" (F. Sebastián, "Antropología y Teología de la fe cristiana", Ed. Sígueme).

El gran pensador P. Tillich definía la fe como "el coraje de ser absolutamente", y tenía toda la razón. Por eso la fe no la podemos hacer consistir en nuestros esquemas mentales, sino en un "sentido" para nuestra vida, una tendencia progresiva, constructiva y eficaz en nuestras vidas personales. "La fe puede y debe interpretar el sentido de los hechos" (P. Tillich, "Dynamics of Faith"), pero no debe sustituirse a ellos.

Por eso la fe, que es tan importante para la vida de un verdadero creyente y que puede transformarla, sin embargo no nos aporta ningún conocimiento sobre la realidad del mundo y de la sociedad humana: "Al creer en Dios, el hombre no sabe científicamente sobre su mundo ni más ni menos de lo que sabía antes" (F. Sebastián). "La fe no está llamada a llenar los vacíos de la ciencia", del mismo modo que "el creyente, para investigar o filosofar, lo tiene que hacer como si no creyera". La fe es un sentido ante todo, mucho más que un contenido. Pero antes se decía y enseñaba lo contrario, y los católicos españoles somos deudores de esta mala enseñanza.

Si el cristiano hace este descubrimiento vital en su propia vida y se percatara seriamente de él, su justificación racional no la tiene que buscar fuera de su propia experiencia humana, precipitándose por razonar pseudo-científicamente. Lo que tiene que hacer es "desarrollar la conciencia de los verdaderos apoyos internos de la fe". Si la creencia cristiana es para él tal experiencia humana profunda, entonces, "el creyente tiene la confirmación racional de haber hecho al creer una cosa auténtica y perfeccionante; la experiencia de la liberación y humanización de su vida, a partir de la fe, se lo garantizan así; la fe se sostiene por sí misma".

Lo que no es la fe, como parecían decirnos antes los libros escritos en defensa de la religión, es "un coronamiento de síntesis especulativas". Ni tampoco las conclusiones de una ciencia histórica aplicada a la Biblia para defender la verdad histórica del cristianismo. Es verdad que los Evangelios contienen algunos hechos estrictamente históricos, pero principalmente "los escritos del Nuevo Testamento son escritos profesionales", son producto de la fe personal de aquellos primitivos creyentes, que la expresaron a través de hechos históricos y también de interpretaciones personales, a la luz de su propia creencia. Por eso no podemos hacer una apologética científico-histórica, como no podemos tampoco hacer una apologética puramente especulativa. La única apologética verdadera es la apologética de esa experiencia humana positiva de nuestra propia fe y en nuestras propias vidas.

Estas son las reflexiones que creo que son decisivas e importantes y que me ha sugerido la lectura de este libro lleno de claridad y de autenticidad. Y que en la semana anterior transmitía yo a un grupo de jóvenes de ambos sexos a mitad de camino entre creencia e increencia, como les ocurre hoy en España a muchos.

De ahí que tampoco puede impresionarnos la crítica neopositivista, ni la crítica marxista, ni la crítica freudiana de la fe religiosa. Por el contrario, todas estas críticas pueden ayudarnos a una operación de limpieza radical de toda esa hojarasca que se había adherido, a través de los siglos, a la fe como experiencia y la había casi ahogado. Por eso termino estas reflexiones pensando con Fernando Sebastián que "el amor es el objetivo último de la fe", porque "sólo el amor es digno de fe" (H. U. von Balthasar).